**Movimiento de Retiros Parroquiales Juan XXIII**

*«Sacrificio con amor y fe, es alabanza a Dios»*

Una reflexión teológico-pastoral a partir del VIII Congreso Internacional del Movimiento Juan XXIII, Ecuador 2026.

La espiritualidad cristiana encuentra en el misterio del sacrificio uno de sus pilares fundamentales. Sin embargo, en una cultura marcada por la búsqueda del bienestar inmediato, hablar de sacrificio suele asociarse con sufrimiento, privación o pérdida. Frente a esta comprensión limitada, el VIII Congreso Internacional del Movimiento Juan XXIII propuso una lectura profundamente evangélica sintetizada en su lema: **«Sacrificio con amor y fe, es alabanza a Dios»**. Más que una consigna, este enunciado expresa un itinerario espiritual que invita a redescubrir el sentido de la entrega cristiana a la luz del misterio pascual de Jesucristo.

Las reflexiones desarrolladas durante el Congreso mostraron que el sacrificio, entendido desde la Revelación, no tiene su valor en el dolor por sí mismo, sino en el amor con el que se ofrece. Desde los sacrificios de la Antigua Alianza hasta la entrega definitiva de Cristo en la cruz, la Sagrada Escritura revela que Dios no busca actos externos vacíos, sino un corazón que se entrega libremente a su voluntad (cf. Sal 51,19). En Jesucristo, Sumo Sacerdote y víctima perfecta, todo sacrificio alcanza su plenitud, pues su entrega «de una vez para siempre» (Hb 10,10) manifiesta que el amor es la medida auténtica de toda ofrenda.

Esta perspectiva ilumina también la espiritualidad propia del Movimiento Juan XXIII. El sacrificio no se reduce a prácticas ascéticas ni a renuncias extraordinarias, sino que se expresa en la vida cotidiana mediante la fidelidad al Evangelio, la perseverancia en la misión y el servicio humilde a los hermanos. La santidad, por tanto, no pertenece únicamente a unos pocos, sino que constituye la vocación de todo bautizado que aprende a convertir su existencia en una ofrenda agradable a Dios.

Uno de los aportes más significativos del Congreso fue entender el sacrificio exterior como expresión del sacrificio interior. La mortificación de los afectos debe vivirse como el esfuerzo constante por vencer aquello que impide amar plenamente: el orgullo, el resentimiento, el desánimo, la frustración, la indiferencia o la desesperanza. Se trata de un camino de conversión permanente que permite hacer realidad la exhortación paulina: «ofrezcan sus cuerpos como sacrificio vivo, santo y agradable a Dios; este es su culto espiritual» (Rm 12,1). Así entendido, el sacrificio deja de identificarse con el sufrimiento buscado y se convierte en una respuesta libre al amor de Dios que transforma progresivamente el corazón.

Esta comprensión posee una profunda dimensión pastoral. La evangelización exige discípulos capaces de perseverar aun cuando los resultados no sean inmediatos, de acompañar con paciencia los procesos de conversión y de permanecer fieles en medio de las dificultades. El sacrificio del evangelizador consiste muchas veces en lo silencioso: dedicar tiempo al hermano, escuchar sin juzgar, sostener la esperanza del que sufre, permanecer cuando otros abandonan y continuar anunciando a Cristo incluso en medio del cansancio.

En esta dinámica, la Eucaristía ocupa un lugar central. E la fuente desde la cual el creyente aprende el significado de la entrega. En ella se hace presente el sacrificio de Cristo, que alimenta la vida espiritual y fortalece la misión de la Iglesia. San Juan Pablo II recordaba que «la Iglesia vive de la Eucaristía» (*Ecclesia de Eucharistia*, 1), porque en ella recibe continuamente la fuerza para convertirse en signo de comunión y servicio.

El Congreso recordó igualmente que el sacrificio cristiano posee una dimensión inseparable de la caridad. La ayuda social promovida por el Movimiento, el acompañamiento espiritual de quienes participan en los retiros y la cercanía con quienes experimentan el sufrimiento no constituyen actividades complementarias, sino expresiones concretas de una fe que actúa por el amor (cf. Ga 5,6). El sacrificio agradable a Dios se hace visible cuando el discípulo sale de sí mismo para hacerse prójimo del otro, prolongando en la historia la compasión de Cristo.

En este camino, la figura de María adquiere un significado especial. Su presencia silenciosa al pie de la cruz revela que la fe madura no consiste en comprender plenamente los designios de Dios, sino en permanecer confiando cuando todo parece oscurecerse. María enseña que la verdadera fortaleza nace de la esperanza y que toda entrega realizada con amor termina convirtiéndose en alabanza.

El VIII Congreso, deja así una enseñanza que trasciende el acontecimiento mismo. Su lema resume una auténtica espiritualidad para nuestro tiempo: el sacrificio cristiano no es una exaltación del sufrimiento, sino la expresión concreta del amor vivido con fe. Allí donde el creyente une su vida al sacrificio de Cristo, la renuncia se transforma en libertad, el servicio en testimonio, la perseverancia en esperanza y la existencia cotidiana en un acto permanente de alabanza a Dios. En un mundo que con frecuencia identifica la felicidad con la ausencia de dificultades, el Evangelio recuerda que la plenitud se alcanza cuando el amor se convierte en la medida de toda entrega. Ese es, quizá, el fruto más valioso que este Congreso ofrece hoy a la Iglesia y, de manera particular, a la misión evangelizadora del Movimiento Juan XXIII.

P. Francisco Hernández, Ed. D.
Consejero Espiritual, diócesis de Saint Petersburg.